

“HISTORIA A DEBATE” Y LA HISTORIOGRAFÍA DEL SIGLO XXI

“History under Debate” and the historiography of the 21st century

Pablo GUERRERO ALONSO
Universidad de Santiago de Compostela
E-mail: pga_warrior@yahoo.es

Fecha de recepción: 6-III-2011
Fecha de aceptación: 12-IV-2011

RESUMEN: En los últimos años se ha considerado que la Historia como ciencia está sufriendo una crisis interna en todos sus ámbitos. Ello se debe en buena medida a la crisis de las grandes escuelas historiográficas a finales del siglo XX, sobre todo la Escuela de *Annales* y el materialismo histórico. El objeto de esta comunicación es, por tanto, poner de manifiesto la importancia de la existencia de escuelas historiográficas para el buen estado de salud de nuestra disciplina y para el buen quehacer del historiador. Por ello, en un momento en que el desinterés por los grandes paradigmas historiográficos está a la orden del día, la tarea de grupos de historiadores como “Historia a Debate” es fundamental, sobre todo porque constituye un lugar común de reunión y debate permanente y un centro de difusión que contribuye al permanente rejuvenecimiento de la Historia. En este sentido, se pretenden establecer una serie de conclusiones a la luz del recientemente celebrado IV Congreso Internacional Historia a Debate y lo que puede proporcionar a las jóvenes generaciones de historiadores.

Palabras clave: “Historia a Debate”, historiografía, paradigma, “crisis de la historia”.

ABSTRACT: In recent years it has been considered that history as a science has suffered an internal crisis in all areas. This is due largely to the crisis of the major schools of historiography in the late twentieth century, especially the “Annales School” and historical materialism. The purpose of this paper is therefore to highlight the importance of the existence of schools of history for the good health of our discipline and for the good work of historians. Therefore, at a time when the lack of interest in the great historical paradigms is very common, the task of some groups of historians like “History under Debate” is essential, especially since it is a common meeting place, an ongoing debate and a diffusion center which contributes to a constant rejuvenation of history. In this sense, we seek to establish a series of conclusions in the light of the recently concluded IV International

History under Debate Congress and, what can be provided for the younger generation of historians.

Keywords: “History under Debate”, historiography, paradigm, “crisis in history”.

I. INTRODUCCIÓN

En el mes de diciembre de 2010, coincidiendo con el final del Año Jacobeo, la Universidad de Santiago de Compostela acogió una vez más a gran número de historiadores para celebrar su IV Congreso Internacional Historia a Debate. Podemos decir, sin temor a equivocarnos, que nos encontrábamos en un marco incomparable para su celebración: una ciudad con historia como Santiago, un grupo de historiadores conscientes del papel que juega –o debe jugar– su profesión en la sociedad y, por último, una situación historiográfica propicia para los más intensos debates. Al congreso, coordinado por el profesor Carlos Barros en el marco de la Red Académica Internacional “Historia a Debate”¹, asistirían cerca de doscientos comunicantes procedentes de gran parte del globo, especialmente de España y América Latina, aunque también de Estados Unidos, Portugal, Francia, Italia, Alemania, Reino Unido, Austria, Bélgica, Luxemburgo, Finlandia e, incluso, Japón.

El objeto del congreso fue, lógicamente, el intercambio y debate de ideas y propuestas, pero no sobre los fenómenos históricos propiamente dichos, sino que se trataba primordialmente de un congreso historiográfico en cuyo seno se discutieron los grandes problemas de la historia como ciencia en la primera década del siglo XXI.

Aprovechando la reciente celebración de dicho congreso pretendemos abordar en el presente artículo una serie de aspectos que, en nuestra opinión, resultan interesantes como aporte a este II Congreso de Jóvenes Historiadores, en particular, y a las nuevas generaciones de historiadores, en general. Por lo tanto, los temas que vamos a tratar aquí de una forma general son los siguientes: 1) la situación historiográfica de las últimas décadas; 2) en qué consiste la Red Académica Internacional “Historia a Debate” y su Manifiesto historiográfico²; 3) unas conclusiones al IV Congreso Internacional Historia a Debate; 4) y, por último, una breve reflexión sobre “Historia a Debate” y la Asociación de Jóvenes Historiadores y lo que ambas pueden aportar a la disciplina.

1 Toda la información sobre la Red Académica Internacional “Historia a Debate”, así como todo lo referente a la celebración de su IV Congreso (convocatoria, temáticas, ponentes, etc.) se puede encontrar en su propia página web www.h-debate.com.

2 Las ideas de este Manifiesto que también nosotros sostenemos a lo largo de este artículo, como quedará patente más adelante, quedarán reflejadas a través de distintas notas a pie de página. La razón de ser de esto es clara: un análisis de cada una de estas interesantes ideas daría lugar a un largo artículo, lo que no es nuestra intención en este II Congreso de Jóvenes Historiadores.

Pero, uno puede preguntarse, ¿por qué un artículo sobre historiografía y no sobre un fenómeno histórico concreto? ¿Por qué profundizar en un tema a veces tan espinoso como la historiografía? ¿Para qué reflexionar sobre los problemas de la historia y de los historiadores? Todas estas preguntas tienen una respuesta lógica. En primer lugar, nosotros, los jóvenes historiadores, todavía unos neófitos en esta profesión, casi todos –quien más, quien menos– prácticamente recién salidos de la carrera, debemos tomar conciencia, y cuanto antes mejor, de que la reflexión historiográfica, tanto sobre las tendencias y escuelas de los siglos XIX y XX como de los problemas actuales de la historia, constituye una práctica fundamental dentro de nuestra disciplina, que debemos realizar todos y cada uno de los historiadores, jóvenes y mayores, noveles y veteranos, doctorandos y catedráticos, si queremos, en primer lugar, que nuestra disciplina tenga sentido como ciencia, y en segundo lugar, si queremos desempeñar nuestra tarea individual y colectiva –nuestras investigaciones– de una forma adecuada y lo más completa posible.

Decía el célebre J. A. García de Cortázar en sus conclusiones a la XXV Semana de Estudios Medievales de Estella (1998) que la “reflexión historiográfica” debería formar parte del “oficio de historiador”³. Los aspectos positivos que este tipo de trabajos pueden proporcionar a las investigaciones históricas y a la disciplina histórica son muy importantes, por lo que nos suscribimos plenamente a la afirmación de este importante medievalista. Este tipo de actividad, es decir, la de historiógrafo, sigue siendo bastante reducida, a excepción de algunos historiadores o grupos como “Historia a Debate”. Y esto no se refiere a los estudios universitarios, ya que la carrera de Historia cuenta en todas las universidades españolas con una asignatura troncal dedicada de forma exclusiva a historiografía, sino a la producción de los propios historiadores, dedicados fundamentalmente a sus temas de investigación en detrimento de la reflexión historiográfica pasada y presente. Una posible explicación a la falta de labor historiográfica es que constituye una tarea poco gratificante y fructífera, que exige un conocimiento muy amplio de la historia que se hacía y se hace en la actualidad, no sólo de nuestras ramas de especialización, sino también de otras, y para lo cual es necesaria la lectura constante de obras de todo tipo.

Por ello, abogamos por la necesidad de autorreflexión de los historiadores sobre su propia profesión, sobre la historia y sobre la historiografía, ya que es importante para el avance y renovación de la ciencia histórica. Un buen conocimiento del camino que ha seguido la investigación histórica con el paso del tiempo ayuda a llevar a buen término nuestras propias investigaciones, pues aporta al historiador como individuo y a los

3 GARCÍA DE CORTÁZAR, José Ángel: “Glosa de un balance sobre la historiografía medieval española de los últimos treinta años (I)”, en XXV Semana de Estudios Medievales de Estella, *La Historia Medieval en España. Un balance historiográfico (1968-1998)*. Pamplona. Gobierno de Navarra, 1999, p. 807.

historiadores como colectividad una experiencia, una visión de profundidad, un bagaje conceptual y metodológico, que de forma individual sería imposible adquirir. Para ello necesitamos, como ya ha quedado patente, relacionarnos tanto con otras ramas de la historia como con el resto de las ciencias sociales. Esta excesiva especialización que acusa actualmente nuestra disciplina –paralelamente al resto de las ciencias sociales–, sin duda difícil de eliminar, ha hecho no sólo que nos desvinculemos de otras ciencias como la Antropología, la Sociología, la Psicología,... sino incluso de otras ramas dentro de nuestra propia disciplina: el medievalista no conoce la Antigüedad, el prehistoriador ha dejado de lado la Edad Moderna, etc⁴. Precisamente, de esto ya se quejó en su momento Lucien Febvre, fundador de la Escuela de *Annales*, quien decía: «¡Abajo los tabiques y las etiquetas! Donde el historiador debe trabajar libremente es en la frontera, sobre la frontera, con un pie en el lado de acá y otro en el de allá»⁵. Sin duda, afirmación tan válida hoy como el día que se formuló.

Por tanto, desde esta perspectiva, la profesión del historiador pasa por varios frentes, que son, además de la investigación histórica propiamente dicha, la reflexión y debate historiográfico y la consideración de la historia en la sociedad. Y no hay mejor lugar para ello que reuniones de historiadores como el IV Congreso Internacional Historia a Debate o este II Congreso de Jóvenes Historiadores, donde queda patente el interés por la tarea del historiador desde una perspectiva abierta, plural, global e interdisciplinar.

II. LA “CRISIS DE LA HISTORIA” E HISTORIA A DEBATE

No podemos comenzar sin responder primero a una pregunta: ¿en qué consiste “Historia a Debate”? Se trata de una comunidad-red internacional de historiadores que surge en 1993 con la celebración de su I Congreso. Coordinado por el profesor de la Universidad de Santiago de Compostela Carlos Barros, este grupo intenta –a través de la renovación de la disciplina y la creación de un paradigma común sobre la metodología, la historiografía y la teoría de la historia⁶– poner fin a la fragmentación⁷ y la crisis que ha sufrido la historia en los últimos tiempos. El mecanismo fundamental de este conjunto de historiadores es el debate interno –y externo– constante y los intercambios intelectuales internacionales entre todos sus miembros. En resumen, se trata de un debate que, en una época de globalización y multiculturalismo en la que las viejas ideas eurocentristas deben ser dejadas de lado, va más allá de las tradicionales fronteras

4 Hay que señalar, no obstante, que esta desvinculación no es total o absoluta. Desde los años 60 se ha reclamado una mayor interrelación entre la historia y las ciencias sociales, aunque hasta la actualidad se ha llevado a cabo de manera poco efectiva.

5 FEBVRE, Lucien: *Combates por la historia*. Barcelona: Ariel, 1971, p. 228.

6 Punto XVIII del Manifiesto de “Historia a Debate”. BARROS, Carlos: *Manuscripts: Revista d’història moderna*, N° 20, 2002, p. 223.

7 Punto V del Manifiesto de “Historia a Debate”. *Idem.*, p. 217.

nacionales, y que se lleva a cabo siempre desde una perspectiva abierta, global, plural y flexible –democrática– basada en la autocritica constante, único método que permite la renovación dentro del propio grupo.

Constituye una Red nacida en el siglo XX, pero que vive en el siglo XXI, adaptada a los nuevos tiempos, por lo que su actividad, teniendo en cuenta los miles de kilómetros que separan a estos historiadores, se desarrolla fundamentalmente a través de Internet, instrumento dinamizador y rápido⁸. “Historia a Debate”, como conjunto de historiadores nacidos en la denominada “revolución historiográfica del siglo XX” –es decir, herederos de la escuela de *Annales* y el materialismo histórico–, pretenden poner fin al precedente período historiográfico posmoderno y a las concepciones positivistas de la investigación histórica, apostando por la renovación de los grandes paradigmas del siglo XX (historia global, interdisciplinariedad, hipótesis de trabajo, modelos explicativos, etc.), todavía válidos en la actualidad si son adaptados a los nuevos tiempos y se eliminan las limitaciones y aspectos erróneos de los mismos, elementos que sin duda provocaron el declive de aquellas concepciones⁹. Pero su principal característica es, sin lugar a dudas, su vinculación con el tiempo presente, es decir, el hecho de que consideren que la historia y los historiadores tienen una responsabilidad social¹⁰. Por tanto, en resumen, pretenden cambiar el futuro de nuestra disciplina. Sus propuestas metodológicas, teóricas e historiográficas quedan plasmadas en su Manifiesto historiográfico, publicado en el 2001 y elaborado tras muchos debates entre este grupo de historiadores¹¹.

“Historia a Debate” no se podría comprender sin tener perfectamente en cuenta la situación que ha sufrido la historia como ciencia desde finales del siglo XX, es decir, lo que comúnmente se ha denominado “crisis de la historia”, situación que, poco a poco, parece que estamos consiguiendo superar. Tradicionalmente se le ha atribuido al término *crisis* una sola definición peyorativa ligada a las dificultades, penurias, complicaciones, etc. Sin embargo, el Diccionario de la Real Academia Española de la Lengua da varias definiciones que proporcionan a este término toda su significación, pudiendo destacar para nuestra disciplina las siguientes: mutación importante en el desarrollo de los procesos, ya sea de orden físico, ya históricos o espirituales; situación de un asunto o proceso cuando está en duda la continuación, modificación o cese; situación dificultosa o complicada. Por tanto, una situación de crisis no sólo constituye una época de dificultades, sino que sería una combinación dialéctica de los términos mutación, duda y dificultades. Y es precisamente éste el contexto en el que se ha desarrollado la tarea de los historiadores en las últimas décadas.

8 Punto XI del Manifiesto de “Historia a Debate”. *Idem.*, p. 219.

9 Punto X del Manifiesto de “Historia a Debate”. *Ibidem.*

10 Puntos XV, XVI y XVII del Manifiesto de “Historia a Debate”. *Idem.*, pp. 221-223.

11 Sin duda alguna, la lectura de este Manifiesto, por sus interesantes ideas y aportes a la historiografía, es de lectura recomendada para todos los historiadores. *Idem*

Esta situación, sin duda alguna, se puede explicar por el difícil contexto económico, político, social, intelectual, religioso,... que se ha vivido desde la caída del Muro de Berlín: guerras, conflictos religiosos, limpiezas étnicas, crisis generalizada de la economía capitalista, etc. Este contexto, igual que vemos al analizar cualquier fenómeno histórico, ha afectado forzosamente a la visión que tenemos de la sociedad, de la historia, de la relación pasado/presente/futuro, y, por tanto, ha condicionado nuestro trabajo como historiadores. Así pues, los historiadores seguimos sin librarnos de esa tan conocida “ley del péndulo”, pues, como sabemos, la historia es hija de su tiempo: si las concepciones de la “historia económica y social” de los años 60 y 70 se correspondían con una época de optimismo, la situación actual, desde los años 80, se percibe como una período de pesimismo generalizado. Y esta es la situación que encontramos también en los últimos años, aunque parece que ya hay luz al final del túnel y se aprecia una salida tranquila –y esperemos que exitosa– de esta difícil situación historiográfica.

Podemos hablar de tres importantes causas que han provocado esta “crisis de la historia”, a saber: 1) el agotamiento y rigidez de los grandes paradigmas de los años 60 y 70 propugnados en sus líneas generales por la escuela de *Annales* y la historiografía marxista; 2) el surgimiento de la corriente filosófica posmoderna; y 3) las concepciones históricas neoliberales –y, por tanto, muy ligadas a la situación política– que se hicieron grandes tras la caída del Muro de Berlín.

Para comprender verdaderamente esta crisis debemos atender a los aspectos internos propios de nuestra disciplina, de ahí se deriva el primer aspecto que hemos señalado, es decir, la forma predominante de escribir la historia. En este sentido, nos encontramos ante una crisis de los viejos paradigmas de las grandes escuelas historiográficas del siglo XX, presupuestos teóricos que habían sido largamente establecidos y asimilados por un número elevado de historiadores. Este conjunto de ideas, que atendían de forma especial a los aspectos económicos y sociales de la historia, dio sus frutos a lo largo de los años, desarrollando un elevado número de obras que todavía hoy, en muchos casos, no han llegado a ser superadas. Pero, a partir de la década de los años 80, se generalizan las dudas hacia los esquemas explicativos de *Annales* y, especialmente, del materialismo histórico, pues habían tomado unos tintes distintos con el paso de los años al desarrollar unos modelos demasiado rígidos y en exceso deterministas y economicistas. La larga y fructífera evolución interna que había ido sufriendo la denominada “historia económica y social” daría paso, en palabras de Miguel Ángel Cabrera, a una «explosión de disidencia externa», que afectó a este modelo explicativo y a las premisas teóricas sobre las que se asentaba¹².

12 CABRERA, Miguel Ángel: “La situación actual de la historia. Un paisaje cambiante”, en CABRERA, Miguel Ángel y MACMAHON, Marie: *La situación de la Historia. Ensayos de historiografía*. La Laguna: Universidad de La Laguna, 2002, p. 16.

En segundo lugar, el hito dominante durante las dos últimas décadas del siglo XX fue la salida al escenario del Posmodernismo, lo que supuso no sólo un rechazo categórico de los viejos paradigmas a los que hacíamos referencia, sino también una nueva concepción filosófica de la historia que alejaba nuestra disciplina de su categoría de ciencia¹³. El pensamiento posmoderno identificaba, sobre todo, una “crisis de la Modernidad”. La vieja concepción, procedente de las ideas de la Ilustración, se basaba en la racionalidad del conocimiento científico y en la historia como relato del progreso de la humanidad. Los autores posmodernos critican el supuesto de que la historia de la humanidad tiene un fin último, una dirección preestablecida, rompiendo así los esquemas tradicionales que relacionaban pasado, presente y futuro. De esta forma, la filosofía posmoderna rompe con la historiografía y con la filosofía de la historia de los siglos XIX y XX, apostando por la eliminación de los grandes esquemas explicativos, la disgregación de nuestra disciplina y un cierto nihilismo a la realidad histórica que pone en duda nuestra capacidad de tener conocimiento alguno del pasado. Asimismo, establecen la pluralidad de construcciones históricas, el relativismo y, según sus críticos, el “todo vale”, haciendo de la historia algo cercano a la literatura y la novela. Por tanto, su concepción deja de lado la idea de la historia como ciencia –argumento que, en nuestra opinión, los historiadores no debemos aceptar¹⁴–, y plantea una alternativa a las anteriores formas de hacer historia, aunque esta alternativa no ha sido capaz de solucionar los problemas que nuestra disciplina ha venido sufriendo en estos años.

Por último, otra de las concepciones predominantes de los últimos tiempos tiene que ver con la caída del Muro de Berlín y sus consecuencias en un mundo hasta entonces caracterizado por su división en dos bloques ideológicos claramente antagonicos. Se trata de la tesis del “fin de la Historia” de Francis Fukuyama¹⁵. Dicho autor, partiendo de la filosofía de la historia de Hegel –y, por tanto, tesis ligada a la concepción moderna– consideraba que la Historia de la humanidad estaba llegando a su fin, y que ese fin –es decir, la sociedad última a la que se puede aspirar– es el sistema político democrático y la economía capitalista. Esta concepción del “fin de la historia” era una crítica en toda regla a la concepción marxista del progreso, según la cual los conflictos históricos acabarían con la llegada de la sociedad comunista. El trabajo de Fukuyama sería criticado duramente por muchos

13 Por su claridad en la exposición de las ideas posmodernas se pueden destacar las obras de dos autores:

LYOTARD, Jean-François: *La condición posmoderna*. Madrid, 1983.

VATTIMO, Gianni: *El fin de la modernidad*. Barcelona: Gedisa, 1990.

14 Punto I del Manifiesto de “Historia a Debate”. BARROS, Carlos: *op. cit.*, 2002, p. 215.

15 FUKUYAMA, Francis: “¿El fin de la historia?”. *Claves de razón práctica*, Nº 1, 1990, pp. 85-96.

FUKUYAMA, Francis: *El fin de la historia y el último hombre*. Barcelona: Planeta, 1992.

historiadores europeos, y el propio autor acabaría reconociendo finalmente ante el desarrollo de los acontecimientos –conflictos internacionales, fundamentalismos, violencia, desigualdades sociales, pauperización, etc– que su tesis estaba equivocada¹⁶.

Si echamos la vista atrás, la historia de nuestra disciplina desde sus primeros pasos como ciencia en el siglo XIX se ha caracterizado por un movimiento pendular que iba del objetivismo al subjetivismo: los positivistas –ligados a la defensa del orden social establecido– se quejaban de los excesos ideológicos de ciertos historiadores, mientras que los marxistas –que abogaban por la búsqueda de un mundo más justo e igualitario– achacaban a sus contrarios la falta de compromiso social¹⁷. Sin embargo, ambas concepciones, aunque antagónicas, mantenían nexos con el presente y eran conscientes del papel que jugaba la historia en la sociedad. No obstante, a finales del siglo XX, sobre todo en lo tocante a la filosofía posmoderna, se pierde esta visión del pasado a través del presente –y viceversa– y se olvidaron las responsabilidades sociales de la historia y de los historiadores. Las concepciones de Fukuyama y los autores posmodernos tienen un punto de vista claramente conservador, tanto historiográfico como ideológico; sin embargo, sus tesis parten de unos presupuestos teóricos opuestos: el primero dice que la modernidad ha llegado a su plenitud, los segundos niegan la modernidad. Sin embargo, en palabras de Carlos Barros, «ambos coinciden en una cosa: nos dejan sin futuro»; es decir, que convierten a la historia en una disciplina sin sentido, cuestionada como ciencia, y a los historiadores en personas cuya tarea no interesa¹⁸. Así, al desligar a la historia de su función dentro de la sociedad nos quedamos sin disciplina. Pero, sin ninguna duda, no nos encontramos ante el “fin de la historia”, como señalan estas concepciones¹⁹. Y aunque generarían un profundo movimiento de renovación metodológica y conceptual de la historia –sobre todo el Posmodernismo–, no por ello resolvieron los problemas de nuestra disciplina, es más, dio lugar a una tendencia dentro de las universidades y círculos académicos hacia la duda, la incertidumbre, la indecisión y la falta de respuesta y consenso hacia la práctica de los historiadores, generalizando y agravando la situación de crisis.

Por lo tanto, y resumiendo todo lo dicho anteriormente, la “crisis de la historia” comienza con una crisis interna de las ideas historiográficas extendidas después de la Segunda Guerra Mundial, situación que se agravó con la incidencia de las concepciones posmoderna y neoliberal,

16 Entrevista al *New York Times* del 30 de agosto de 1998.

17 SÁNCHEZ LEÓN, Pablo e IZQUIERDO MARTÍN, Jesús: “Introducción. El siglo XXI y los fines del historiador”, en SÁNCHEZ LEÓN, Pablo e IZQUIERDO MARTÍN, Jesús (coords.): *El fin de los historiadores. Pensar históricamente en el siglo XXI*. Madrid: Siglo XXI, 2008, p. XIII.

18 BARROS, Carlos: *op. cit.*, 2001, p. 52.

19 Punto XIV del Manifiesto de “Historia a Debate”. BARROS, Carlos: *op. cit.*, 2002, p. 221.

desembocando de forma clara en una compleja “crisis de la historia”. Esta crisis de la escritura de la historia se identificaba por su carácter general o total, ya que implica a todas las dimensiones de la profesión del historiador. Se trata, siguiendo la argumentación de Carlos Barros, de una “dificultad/mutación” que afecta a la práctica de la historia (la manera de investigar y escribir la historia), a la teoría de la historia (los conceptos y planteamientos teóricos que subyacen en nuestro trabajo), y a la función social de la historia²⁰. Esta crisis, por tanto, afecta no sólo a la forma de hacer historia de las décadas precedentes, sino a la propia definición de la historia como ciencia.

Entre las consecuencias de la “crisis de la historia” podemos destacar, además de lo ya citado, la especialización y el neopositivismo. A partir de la década de los años 80 se da una diversificación de las especialidades, metodologías, premisas y teorías, es decir, una falta de consenso entre los propios historiadores sobre el carácter y naturaleza de su profesión. Esto es lo que llevó al historiador francés François Dosse, miembro de la Escuela de *Annales*, a acuñar la ya tan famosa expresión del “desmigajamiento de la historia”²¹. Por su parte, Carlos Barros, coordinador de “Historia a Debate”, señala acertadamente ante esta situación de fragmentación y especialización de la historia que «pasar del monocultivo de la historia económico-social a la heterogeneidad actual, donde interesan para la investigación todos los aspectos del pasado, supone un gran avance, pero al tiempo un gran problema, porque nos aleja de la visión global del pasado humano que nos exige la ciencia y la sociedad».

Por otro lado, aprovechando la situación de inestabilidad historiográfica que se estaba viviendo –y, por tanto, una de las consecuencias más importantes de la “crisis de la historia”–, resurgió con fuerza una vieja corriente que, en realidad, nunca se había ido: el positivismo. En este sentido, a partir de la década de los años 80 aparece lo que se ha dado en denominar neopositivismo, corriente que, aunque con importantes cambios en su seno, recicla muchos de los elementos característicos del positivismo decimonónico. En esencia, se da un retorno al documento tal cual y al culto al hecho en sí –lo que Lucien Febvre llamaba el «fetichismo del hecho»²²–, es decir, la denominada “historia historizante”. Tiene lugar un nuevo desarrollo del género biográfico, la narración, la historia política e institucional, lo que supone un rechazo frontal a los avances historiográficos que –a pesar de sus limitaciones– fueron desarrollados en el siglo XX por *Annales*, el marxismo y «los sectores reciclados de la historiografía tradicional». En cierto sentido,

20 BARROS, Carlos: “Hacia un nuevo paradigma historiográfico”, en KAPSOLI ESCUDERO, Wilfredo (comp.): *Historia e historiadores*. Lima: Universidad Ricardo Palma, 2001, p. 44.

21 DOSSE, François: *La historia en migajas: de “Annales” a la “nueva historia”*. Valencia: Edicions Alfons el Magnànim, 1988.

22 FEBVRE, Lucien: *op. cit.*, p. 236.

esto supone una simplificación real de la investigación histórica, pues se deja de lado toda interpretación compleja de los fenómenos históricos.

En conclusión, las dos últimas décadas del siglo XX han cambiado la forma de ver la historia. El resultado es lo que muchos historiadores ven como un proceso de involución de la historia como ciencia. Por ejemplo, Pablo Sánchez León y Jesús Izquierdo Martín sostienen que «a día de hoy, sea o no del todo cierto que en los últimos veinte años el mundo ha caminado hacia atrás en muchos aspectos, los historiadores son, entre todos los profesionales académicos, los que más parecen haber regresado al siglo XIX». No obstante, al igual que intentamos comprender los fenómenos históricos en toda su complejidad, no debemos simplificar nuestras explicaciones y criticar sin más el quehacer historiográfico desde el positivismo hasta el posmodernismo. Al contrario que las corrientes de los años 80 y 90, que quieren hacer oídos sordos de la historiografía de los siglos XIX y XX, nosotros –los jóvenes historiadores– podemos y debemos entender las formas de hacer historia en su contexto preciso y tomar de ellas aquellos elementos que consideramos positivos²³. Por tanto, ¿qué aspectos positivos podemos adquirir de esta “crisis de la historia” y de los planteamientos historiográficos de las últimas décadas? Sin duda, lo más importante no es la concepción posmoderna de la historia, sino algunas de sus críticas a las concepciones historiográficas clásicas del siglo XX, que se habían vuelto muy rígidas. A pesar de los muchos matices, deberíamos hacer nuestras algunas de estas críticas. Por ejemplo, ¿no es cierto que en ocasiones la utilización de modelos teóricos, por simple comodidad de los historiadores, condicionó efectivamente los hechos históricos, en lugar de estudiarlos? Entonces, gracias a críticas como la de los pensadores posmodernos hemos tomado conciencia de muchos de los excesos anteriores, la rigidez de muchos esquemas explicativos, la dificultad de alcanzar la “historia total” de Fernand Braudel, etc. Y esto no quiere decir que debamos olvidarnos de los grandes paradigmas del siglo XX, ni dejar de lado la búsqueda de grandes modelos o esquemas explicativos, ni tampoco de la “historia global”; sino, más bien, tomar conciencia de las limitaciones de algunos de estos presupuestos y llevarlos de forma efectiva a la práctica –no sólo como una declaración de intenciones– a través de una renovación y flexibilización teórica, metodológica y conceptual adaptada a las necesidades del siglo XXI. Debemos exigir una relación dialéctica entre modelo teórico y realidad histórica como paso obligatorio dentro de la investigación: el modelo se utiliza para comprender mejor los hechos, inscribirlos en un contexto más amplio, pero a medida que conocemos más hechos, hay que ir renovando y mejorando nuestro modelo. Sólo así se puede caminar hacia la tan ansiada historia global.

Y es aquí donde entra “Historia a Debate”, a la que podemos denominar sin temor a equivocarnos como una escuela historiográfica del siglo XXI, aunque, eso sí, muy plural y heterogénea. «Para hablar claro

23 Punto X del Manifiesto de “Historia a Debate”. BARROS, Carlos: *op. cit.*, 2002, p. 219.

¿cómo no reconstruir cuando aparecen grietas por todas partes?»²⁴, se preguntaba Lucien Febvre en los años 50, y eso es lo que trató de hacer “Historia a Debate”. Ante la pasividad de muchos historiadores a finales del pasado siglo ante la situación de “crisis de la historia”, se configura como un grupo de historiadores conscientes de su profesión, que recogen el testigo perdido hacía tiempo y se sitúan a la vanguardia historiográfica, con decisión y personalidad, para resolver un viejo asunto del que depende el estado de salud de la historia: el de la función social de los historiadores y de la historia como ciencia del conocimiento. Así, desde sus inicios intentan responder, a través de sus debates habituales y congresos, a una serie de cuestiones –en ocasiones peliagudas y controvertidas– del tipo: ¿qué lugar ocupa el pasado en nuestra sociedad?²⁵, ¿cuáles son las funciones sociales de los historiadores?, ¿para qué sirve la historia y qué papel debe jugar el historiador?²⁶, ¿cómo afecta la globalización a la historia?²⁷, etc. Resolver estas cuestiones es para “Historia a Debate” uno de los pasos necesarios para superar la “crisis de la historia” y hacer de ella una ciencia social importante dentro de nuestra sociedad, algo obligatorio para el buen estado de salud de nuestra disciplina.

«La historia se dormía en sus laureles, satisfecha de sus progresos, orgullosa de sus conquistas, vanidosa por sus éxitos materiales. Frenaba su marcha. Volvía a decir, repetía, recogía, pero no recreaba. Y cada año que pasaba la voz de la historia se parecía más al sonido cavernoso de una voz de ultratumba». Con esta frase, una vez más, Lucien Febvre trató de describir la situación historiográfica que le había tocado vivir, criticando ferozmente la concepción rankeana de la historia que se estaba haciendo. Esta misma frase valdría para la situación de la historia en la transición del siglo XX al XXI. Y, en resumen, esto es lo que “Historia a Debate” quiere evitar a través de la renovación constante y consciente de nuestra disciplina, objetivo al que también nos deberíamos adscribir las nuevas generaciones de historiadores.

III. EL IV CONGRESO DE HISTORIA A DEBATE Y LA HISTORIOGRAFÍA DEL SIGLO XXI

Una de las actividades más importantes por las que se conoce al grupo “Historia a Debate” es la celebración de sus congresos internacionales. Hasta la fecha, se han celebrado en la ciudad de Santiago de Compostela cuatro congresos, en 1993, 1999, 2004 y 2010, respectivamente, cuyo interés dentro de nuestra disciplina está fuera de toda duda. Entre los participantes en los mismos se encuentran historiadores de la talla de Alain Guerreau, Jacques Le Goff, Peter Burke, Paul Freedman, Julio Aróstegui, Julián Casanova, Giovanni Levi, Julio Valdeón, Perry Anderson, Ricardo García Cárcel, Santos Juliá, Georg G. Iggers, François Dosse, André Gunder Frank,...

24 FEBVRE, Lucien: *op. cit.*, p. 28.

25 Punto XVII del Manifiesto de “Historia a Debate”. BARROS, Carlos: *op. cit.*, 2002, p. 222.

26 Punto XVI del Manifiesto de “Historia a Debate”. *Ibidem.*

27 Punto VII del Manifiesto de “Historia a Debate”. *Idem.*, p. 218.

constituyendo estos sólo una mínima parte de los cientos de ponentes que han contribuido con su participación. Sin embargo, lo que nos interesa aquí es, como señalábamos al principio, el IV Congreso Internacional “Historia a Debate” celebrado el pasado diciembre.

El objetivo del congreso fue, lógicamente, el intercambio y debate de los temas más importantes dentro de nuestra disciplina. Sin embargo, al contrario de lo que ocurría en los anteriores congresos, dedicados fundamentalmente a los grandes problemas de la disciplina histórica derivados de la ya eternamente citada “crisis de la historia”, en este último congreso, desarrollado en un contexto social, político, económico e, incluso, historiográfico diferente, los temas han variado bastante, aunque manteniendo la esencia que caracteriza a “Historia a Debate”. El Congreso, celebrado simultáneamente en tres salas debido al gran número de ponencias, estaba dividido en cuatro grandes bloques entre sesiones temáticas y mesas redondas, a saber: 1) el oficio de historiador, donde se analizaron los nuevos obstáculos a los que tiene que hacer frente nuestra profesión; 2) la historiografía, incidiendo en la importancia de una disciplina adaptada al siglo XXI; 3) lo que se ha denominado Historia Inmediata, es decir, la Historia del tiempo presente y de los problemas actuales; y 4) la escritura de la Historia. A su vez, estos grandes bloques estaban divididos en multitud de subtemas²⁸. Con todos estos temas, cuyo interés como historiadores –y como ciudadanos– está fuera de toda duda, no puede extrañar el ambiente de debate que se respiró a lo largo de los cinco días que duró el Congreso, lo que constituye el aspecto más importante del mismo, sin el cual su celebración carecería de sentido. Por tanto, las charlas, debates y discusiones entre historiadores no sólo se limitaban al turno de debate al final de las comunicaciones, sino a los pasillos, comedores, hotel, cafetería, etc.

Sin más preámbulos, podemos establecer brevemente una serie de conclusiones provisionales del Congreso, importantes para la historiografía del siglo XXI y que todos deberíamos tener en cuenta:

1.- Un claro optimismo entre los asistentes, síntoma de una forma de comprender la ciencia histórica alejada de las concepciones pesimistas del posmodernismo de las últimas décadas.

2.- Consolidación plena de “Historia a Debate” como tendencia historiográfica, aspecto que ya se estaba haciendo patente desde el III Congreso del año 2004, con una creciente aceptación en el ámbito académico internacional. La celebración de cuatro congresos internacionales confirma que “Historia a Debate” se sitúa a la vanguardia del debate sobre la disciplina histórica. Por lo tanto, se configura, como ya decíamos anteriormente,

28 No podemos entretenernos en este punto porque el simple comentario de los temas tratados en el Congreso daría lugar a un largo artículo. Para más información del programa del Congreso, de las ponencias presentadas y de los participantes en el mismo se puede consultar la página web de “Historia a Debate” (ver nota 1)

lo que se podría denominar una nueva escuela historiográfica adaptada a las condiciones del todavía joven siglo XXI, es decir, que tiene en cuenta los problemas e inquietudes del tiempo presente. Y me refiero a escuela historiográfica no como un círculo cerrado y rígido de historiadores, sino todo lo contrario, entendiéndola como grupo/comunidad de historiadores en debate interno permanente y que coinciden en unos principios básicos o paradigmas historiográficos fundamentales.

La ventaja de la existencia de este tipo de agrupaciones –o escuelas– y de paradigmas comunes es evidente, aunque modificando las estructuras propias del siglo pasado. Muchas veces se ha considerado que las escuelas historiográficas son algo estático e inamovible a lo largo del tiempo, y ésta es una crítica que hay que aceptar del posmodernismo, pues es cierto que su existencia puede desentrañar algún peligro: que el historiador se ampare exclusivamente en las ideas de su escuela en detrimento de su propio análisis histórico. Sin embargo, no por ello se puede anular su capacidad de análisis y sus aspectos positivos, evidentemente mayoritarios. Es precisamente esto lo que quiere evitar “Historia a Debate”, que conforma un grupo de historiadores que a través de la discusión constante de ideas y propuestas mantiene una estructura interna plural y flexible, lo que anula la anterior rigidez propia del siglo XX. Los historiadores no debemos conformar minorías intelectuales relegadas a las propias universidades o a ámbitos de acción reducidos, sino que estamos vinculados a un tipo de sociedad más global y “democrática”, por lo que las escuelas deben ser más abiertas y permeables.

3.- El afianzamiento del nuevo paradigma historiográfico común, aspecto que también se estaba haciendo evidente en los últimos años, sobre todo en lo que a la práctica de una historia global se refiere. En este sentido, se puede apreciar claramente en la celebración del congreso y en la actitud de éstos historiadores una continuación y manifestación efectiva –empírica– de las ideas que propugna “Historia a Debate” a través de su Manifiesto historiográfico²⁹. Entre ellas están, como decíamos anteriormente, la búsqueda de una historia global; el respeto total a todos los participantes, sea cual sea su ideología, nacionalidad, sexo o edad; la creencia en la interdisciplinariedad, demostrada plenamente en el tipo de participantes en el congreso³⁰; el interés por los temas de actualidad que interesan al gran público; la reclamación de una historia con sujeto, etc. La búsqueda de este paradigma requiere una serie de posturas comunes dentro del grupo, lo que no presupone que “Historia a Debate” sea un grupo uniforme, más bien todo lo contrario, conformando un grupo heterogéneo que busca a través

29 BARROS, Carlos: “Manifiesto de Historia a Debate”. *Manuscripts*, N° 20, 2002, pp. 215-226.

30 Además de las divisiones temáticas clásicas entre los historiadores (Arqueología, Prehistoria, Historia Antigua, Medieval, Moderna y Contemporánea), en el congreso también tuvieron su lugar sociólogos, antropólogos, filólogos, economistas e, incluso, un juez y un médico.

de la reflexión un cierto consenso paradigmático, epistemológico, teórico, etc.

4.- El comienzo de la recuperación de nuestra disciplina, lo que en los próximos años supondrá el fin de la “crisis de la historia”. Esto se hace evidente en la temática desarrollada a lo largo del Congreso, ya no tan vinculada a los grandes problemas que venía sufriendo la historia en las últimas décadas y dirigida hacia los temas de la historia que viene. En este sentido, este aspecto está unido al punto anterior: el afianzamiento de un nuevo paradigma historiográfico es un paso previo muy importante hacia el buen estado de salud de la historia como ciencia. Sin embargo, la fragmentación y diversificación de nuestra disciplina, e incluso la desvinculación y alejamiento de las ciencias sociales, siguen siendo patentes, constituyendo este Congreso una de las pocas excepciones.

5.- La continuación de la esencia hispanoamericana de “Historia a Debate”. Desde sus inicios, este grupo de historiadores se configuró como una tendencia historiográfica latina e internacional³¹. Sin duda, los elementos comunes entre España y el resto de América Latina son muy numerosos, aunque les pese a algunos historiadores que todavía tienen esa mentalidad colonial de superioridad respecto de este continente. Por ejemplo, en nuestro caso concreto, ambos territorios estuvieron relegados durante todo el siglo XX al papel de receptores de las corrientes historiográficas que venían de Europa y Estados Unidos. No obstante, dejando de lado el viejo eurocentrismo, el Congreso confirma el papel vanguardista que están tomando en la actualidad España y América Latina en las investigaciones históricas y en la reflexión historiográfica.

6.- El interés por nuevos temas históricos e historiográficos. Ya no se trata solamente –aunque también constituye un tema fundamental dentro de “Historia a Debate”– del análisis y discusión de las grandes cuestiones epistemológicas, de teoría, metodología, historiografía, filosofía de la historia,... sino que también entran en juego otros elementos que deberían interesar a nuestra disciplina, como la educación, la enseñanza de la historia en centros escolares y universidades, el uso de las nuevas tecnologías, la relación entre historia y narrativa, la vinculación del historiador con el público, la memoria histórica, entre otros.

7.- Importancia de la denominada Historia Inmediata. Para Israel Sanmartín, consistiría en «reflexionar sobre la historia de la historiografía que se está desarrollando a la par del propio historiador, que es determinada por la historia de la que ambos, la historiografía y el historiador, son testigos»³². Por tanto, ante la difícil situación que estamos viviendo en los últimos tiempos (crisis económica generalizada, incumplimiento constante

31 Punto VII del Manifiesto de “Historia a Debate”. BARROS, Carlos: *op. cit.*, 2002, p. 218.

32 SANMARTÍN, Israel: “Nuevas tendencias en la historiografía española”. *Cuadernos de estudios gallegos*, T. 54, N° 120, 2007, p. 306.

de los derechos humanos, desastres naturales, cambio climático, hambrunas, etc.) se está haciendo patente la necesidad de que los historiadores, desde la perspectiva global y contextualizante que nos da el conocimiento del pasado, demos explicación a algunos de estos fenómenos. Este tipo de historia del tiempo presente, por su misma naturaleza efímera, está en constante cambio a medida que pasa el tiempo. No obstante, quizá por ello, existe un rechazo de amplios grupos de historiadores a tener en cuenta estos acontecimientos tan recientes, que no pueden ser comprendidos desde la perspectiva que ofrece el paso del tiempo, en lo que sin duda representa un miedo mortal al tiempo presente. En este caso, ¿qué vinculación tiene el historiador con la sociedad si cuando ésta nos busca nosotros huimos? ¿Debe quedar el historiador relegado solamente al pasado histórico, único sitio en el que algunos historiadores parecen estar cómodos porque no supone ejercer ningún tipo de responsabilidad para con los demás? A estas presuntas se debería responder con una tajante negación.

Precisamente esa es la actitud que hace que, para muchas personas, la historia no sea interesante, no tenga nada que ver con la ciencia y que esté socialmente aislada. Y sin duda tendrían razón si la historia y los historiadores se despreocuparan por los problemas actuales de la sociedad. Esto es precisamente lo que debemos cambiar, y volver al paradigma común de las grandes corrientes del siglo XX que ven al historiador como la avispa que muerde cada vez que ve carne, cuestionando todo, alejándonos del conformismo actual y buscando mejorar las cosas. En resumen, se trata de estar más próximos a nuestras sociedades, y uno de los caminos hacia esta responsabilidad social del historiador es la Historia Inmediata, aspecto que, como decíamos, “Historia a Debate” ha sabido canalizar en su quehacer diario y, lógicamente, en sus congresos. En resumen, entre los temas más importantes que se trataron en el IV Congreso dentro de este ámbito están la justicia universal, la crisis económica, el cambio climático, la globalización, las transformaciones en América Latina, el estancamiento de Europa, etc. Eso sí, todo ello desde la perspectiva histórica que caracteriza nuestra profesión.

8.- Comienzo de la aplicación de las ideas historiográficas de “Historia a Debate” –plasmadas en su Manifiesto– en las investigaciones históricas empíricas propiamente dichas. Por lo tanto, estos presupuestos se configuran como un mecanismo perfectamente válido –y fructífero– para las investigaciones, aportando una serie de elementos que contribuyen a la realización efectiva de buenos análisis históricos³³.

Hemos plasmado aquí algunas de las conclusiones que se pueden sacar del IV Congreso Internacional Historia a Debate. Sin embargo,

33 Un ejemplo de ello es la comunicación de Roberto J. González Zalacain “La historia de la familia a la luz del Manifiesto Historia a Debate”, presentada en este IV Congreso Internacional Historia a Debate.

como decíamos, se trata sólo de una lectura provisional del mismo a la espera de la publicación de las actas. Su lectura exhaustiva y detenidas en un futuro próximo podrán llevar al establecimiento de unas conclusiones más sosegadas, pensadas y discutidas, lo que contribuirá a un análisis más profundo de la amplitud que ha tenido este Congreso. De lo que no hay ninguna duda, a pesar de la provisionalidad a la que hacíamos referencia, es que las aportaciones de los participantes –quienes verdaderamente hacen el congreso– a la investigación historiográfica y la investigación histórica son muy numerosas.

IV. CONCLUSIONES: HISTORIA A DEBATE Y LOS JÓVENES HISTORIADORES

Para finalizar, y a modo de conclusión, hemos considerado que resultaría interesante para este II Congreso de Jóvenes Historiadores lanzar una pregunta: ¿qué puede aportar “Historia a Debate” a los jóvenes historiadores? Y, por otro lado, podríamos hacer la pregunta inversa, a saber, ¿qué puede aportar la Asociación de Jóvenes Historiadores a “Historia a Debate”? En resumen, se trataría de establecer el tipo de relaciones que se podrían establecer entre ambas entidades, que pueden ser muchas.

Pero no podemos responder a estas cuestiones sin definir primero a la Asociación de Jóvenes Historiadores. Surgió a principios del año 2010 en la Facultad de Geografía e Historia de la Universidad de Salamanca como plasmación efectiva de las ideas de un grupo de jóvenes doctorandos conscientes de la importancia de la historia dentro y fuera del ámbito universitario. Ya desde sus inicios esta Asociación destaca por tener en mente una idea sin duda ambiciosa: su carácter interdisciplinar³⁴.

Como queda bien definido en el Artículo 3 de sus estatutos, la asociación asume una serie de objetivos claramente definidos, a saber³⁵:

- Fomentar la comunicación y la colaboración entre los investigadores noveles e incipientes.
- Potenciar la investigación en las diferentes áreas de estudio que tienen como objeto la Historia.
- Difundir los logros entre la comunidad científica y divulgarlos ante la sociedad en general.
- Fomentar la igualdad de género.

34 De hecho, su nombre completo es Asociación de Jóvenes Historiadores-Estudios interdisciplinares. En esto se asemeja verdaderamente a “Historia a Debate”, que en el Punto IV de su Manifiesto historiográfico promueve el carácter interdisciplinar de la historia. BARROS, Carlos: *op. cit.*, 2002, pp. 216-217.

35 Estatutos de la Asociación de Jóvenes Historiadores – Estudios Interdisciplinares (AJHIS), en <https://sites.google.com/site/ajhisei/estatutos>.

- Fomentar la colaboración con otras asociaciones de jóvenes investigadores.

Para alcanzar estos nada desdeñables objetivos, la Asociación de Jóvenes Historiadores viene desarrollando una serie de actividades periódicas, cuyo valor principal reside en poner en contacto permanente a las nuevas generaciones de historiadores de las distintas ramas de la historia e, incluso, de otras ciencias sociales. Entre estas actividades podemos destacar la celebración de congresos y la publicación periódica de una revista de carácter científico, constituyendo, sin lugar a dudas, las dos actividades más importantes del grupo. Tras el éxito del I Encuentro Internacional de Jóvenes Investigadores de la Historia (marzo de 2010), este año 2011 se continúa con esta dinámica a través del desarrollo del II Congreso de Jóvenes Historiadores. Además, también es reseñable la futura celebración del I Foro de Jóvenes Historiadores de Castilla y León (junio de 2011), primer paso hacia un congreso de carácter estatal. Por otro lado, está la publicación de la revista digital *El Futuro del Pasado*, a través de la cual los historiadores noveles tienen la posibilidad de desarrollar sus primeros trabajos científicos.

No obstante, las tareas de la Asociación de Jóvenes Historiadores no terminan aquí, pues desempeñan también un conjunto de actividades que podemos calificar de formativas. Estamos hablando de los distintos talleres —como el I Ciclo de Talleres Interdisciplinares de Geografía e Historia o el II Taller de talla lítica— y del Seminario de Lectura y Debate. A través de este conjunto de actividades se pretende fomentar la discusión y el debate, tanto histórico como historiográfico, entre historiadores. Asimismo, en este punto concreto se aprecia el carácter interdisciplinar de la asociación, ya que motiva a los historiadores de las distintas ramas a comprender mejor otros temas ajenos a su investigación. Por todo ello, y por la buena acogida que está teniendo en este colectivo, podemos decir que la Asociación de Jóvenes Historiadores va bien encaminada hacia los objetivos que citábamos anteriormente.

A pesar de encontrarse al principio del camino, la Asociación de Jóvenes Historiadores también es importante porque ofrece a los historiadores que todavía estamos iniciando nuestra carrera —y, por tanto, que nos encontramos en una situación difícil dentro del mundo académico— un lugar en el que dar nuestros primeros pasos, intercambiar ideas y perspectivas, relacionarnos con nuestros iguales, es decir, dar importancia a nuestra tarea. Asimismo, nos ofrece un marco multidisciplinar que hace que no perdamos de vista lo común que tenemos entre nosotros las distintas ciencias sociales, en general, y las distintas ramas de la historia, en particular. De este modo, la Asociación de Jóvenes Historiadores nos permite publicar nuestros primeros trabajos que, debido nuestra condición de noveles dentro de esta profesión, no podríamos publicar en otras revistas más cerradas.

Ya hemos señalado las interesantes actividades que desempeña esta asociación y los muchos aportes que hace al mundo académico, aunque

todavía se podrían sugerir algunas cosas, que sin duda se llevarán a cabo con el paso del tiempo. Por tanto, utilizando este artículo como plataforma para la comunicación de ideas, propondríamos que la Asociación de Jóvenes Historiadores, con la cual nos identificamos plenamente, desarrollen una vinculación real con distintas instituciones y grupos de historiadores, que vaya más allá del contacto que existe en la actualidad y que pueda generar congresos de carácter estatal mucho más grandes, consolidándose así en el ámbito académico peninsular y creando un modelo de actuación y conducta tanto para los jóvenes que inician la carrera universitaria, como para los doctores y catedráticos más veteranos³⁶. De esta forma conseguiríamos que la Asociación creciera traspasando las fronteras de la propia Universidad de Salamanca, consolidándose como un marco de investigación –y actuación– que dé cabida a un sector universitario hasta hoy ampliamente olvidado: los jóvenes historiadores que están en el inicio de sus investigaciones. Por ello, proponemos iniciar desde hoy las tareas necesarias para conseguir reunir lo más pronto posible a las distintas asociaciones de jóvenes historiadores de la Península Ibérica y desarrollar un congreso que cause gran impacto en la comunidad académica y en nuestra sociedad.

Precisamente para alcanzar unos objetivos tan ambiciosos, siempre resulta útil tomar como modelo a otras organizaciones más grandes y consolidadas, y el grupo “Historia a Debate” ofrece a los jóvenes historiadores un marco internacional e igualitario para el intercambio y debate de ideas. Como se pudo ver en su IV Congreso, todos los historiadores, desde los más veteranos hasta los más jóvenes –incluso los que todavía están realizando su tesis– tienen hueco en este grupo para expresar sus impresiones sobre la historia. Asimismo, y más importante todavía, es que las nuevas generaciones de historiadores tenemos ante nosotros un grupo internacional e interdisciplinar veterano, fruto de casi dos décadas de trabajo, que puede servirnos de modelo o guía para nuestras investigaciones. Así, nos ofrecen un paradigma común, un compendio de ideas historiográficas, el trabajo colectivo con distintas metodologías, una forma de ver la ciencia histórica y, sobre todo, una concepción autocrítica de la historia, que permiten a los jóvenes tomar conciencia de la tarea que deben desarrollar en el futuro. Sin embargo, la idea no es aceptar sin más estos presupuestos, que nadie nos impone, sino aportar nuestras propias concepciones de la historia, pudiendo participar directamente dentro de esta comunidad –que como decíamos está abierta a todos los historiadores– en la elaboración de un paradigma común para el siglo XXI. En resumen, “Historia a Debate” constituye un marco con unas pretensiones que grupos como la Asociación de Jóvenes Historiadores, en tanto que ámbitos de discusión, podrían integrarse no sólo mediante la asunción de sus paradigmas, sino también participando activamente en su

36 Un primer paso hacia esto los constituye el ya citado I Foro de Jóvenes Historiadores de Castilla y León (junio de 2011). Pero no debemos quedarnos ahí, ampliando todo lo que podamos nuestro campo de actuación.

construcción. De esta forma, conviene destacar la necesidad de este tipo de esfuerzos colectivos contribuyan a la creación de colectivos de historiadores más importantes.

No obstante, a pesar de las diferencias –sobre todo organizativas–, “Historia a Debate” y la Asociación de Jóvenes Historiadores tienen un lugar común. Constituyen foros dedicados al debate entre historiadores e, incluso, de formación de los mismos. Ambas comunidades ofrecen a nuestra profesión un marco incomparable para explicar nuestras ideas sobre la historia o nuestras investigaciones, un lugar para el intercambio de ideas entre iguales y para la reflexión científica. Por lo tanto, se trata de grupos que han tomado clara conciencia de la importancia de la historia como ciencia de conocimiento de nuestra sociedad. Por ello, juegan un papel similar, aunque a distintos niveles. En nuestro camino común, necesitamos elaborar y utilizar un grupo de presupuestos teóricos o paradigmas que deberían hacer frente a todos los problemas que acechan a la ciencia histórica. Con estas nuevas y viejas ideas se puede erradicar el relativismo científico, la vuelta a los agotados principios decimonónicos, «la lógica diabólica de la fragmentación», buscando un marco multidisciplinar, vinculado al resto de las ciencias sociales, en el desarrollo de nuestra actividad. En resumen, y ya que el tema central de este II Congreso de Jóvenes Historiadores es la sociedad, lo que todos los historiadores deberíamos hacer es –como propone “Historia a Debate”– que los grandes paradigmas del siglo XX comunes de la escuela de *Annales* y la historiografía marxista (la búsqueda de explicaciones globales, interdisciplinariedad, importancia de las hipótesis y la interpretación del historiador, resaltar la historia social y económica, etc.) no se queden en la simple declaración de intenciones, como efectivamente ocurrió en el siglo pasado y que dio lugar a la crisis de estas escuelas. Por lo tanto, hay que dejar de lado las declaraciones de intenciones y llevarlas efectivamente a la práctica. Esto pasa por la actualización y renovación permanente del discurso historiográfico a través de nuevas propuestas y metodologías³⁷.

Por otro lado, conviene decir que no por estar empezando nuestras investigaciones, las nuevas generaciones de historiadores y grupos como la Asociación de Jóvenes Historiadores debemos quedar relegados a un segundo plano. Determinados historiadores, especialmente los más veteranos, tienen la idea equivocada de que no tenemos nada que aportar a la historia, por lo que podemos decir sin temor a equivocarnos que nos encontramos en una situación de discriminación. Pero no debemos conformarnos con esto, pues podemos contribuir con muchas cosas. Para el buen estado de la ciencia histórica es necesaria la constante renovación y dinamización de nuestra disciplina, y esto es lo que pueden aportar las nuevas generaciones de historiadores. Tradicionalmente, los historiadores que ya ocupan su cátedra, acostumbrados a unos métodos de investigación en ocasiones obsoletos, se

37 Punto III del Manifiesto de “Historia a Debate”. BARROS, Carlos: *op. cit.*, p. 216.

resisten a incorporar a sus estudios —y a sus clases teóricas— las nuevas ideas que van surgiendo en torno a la disciplina histórica, es decir, que tienen una actitud conservadora hacia los cambios³⁸. Además, no sólo podemos aportar este carácter innovador a la historia, sino que nuestras ideas son tan válidas como las de los más veteranos, eso sí, si partimos siempre de la reflexión y crítica personal y en la argumentación racional. Lo esencial, y lo que reclaman tanto “Historia a Debate” como la Asociación de Jóvenes Historiadores, es el fomento de un diálogo historiográfico intergeneracional.

A través de este tipo de actividades que llevan a cabo este tipo de organizaciones de historiadores debemos resaltar el importante papel que juega nuestra disciplina en el presente. Es cierto que nuestra actividad se ha llenado cada vez más de un intrusismo procedente de distintos sectores (periodistas, escritores, “todólogos”, etc.), que ocupan un lugar que deberíamos reclamar nosotros y, en ese camino, dejan de lado la disciplina histórica a favor de la venta de libros. Sin embargo, no podemos echarles a ellos la culpa de la situación que ha sufrido la historia, criticándolos de forma sectaria a la vez que nos mantenemos aislados en nuestros círculos. Estos sectores han sabido llenar el vacío que nosotros hemos dejado, y no involuntariamente, sino de forma plenamente consciente. Esto se debe a que a los historiadores nos da miedo meternos en determinados temas controvertidos que muchas veces coinciden con los temas que interesan a la sociedad. Desarrollamos nuestra actividad exclusivamente dentro del ámbito académico en detrimento del interés por la historia del público general, que sin duda es grande. Deberíamos volver a ocupar el ámbito de la divulgación, aunque siempre desde un punto de vista científico, racional, crítico y complejo. Por tanto, la culpa de esta situación no la podemos achacar solamente a la citada “crisis de la historia”, sino que también debemos entonar el *mea culpa* y admitir nuestros errores siendo conscientes de nuestras responsabilidades. Para ello, hay que poner a cada uno en su lugar, al escritor en sus novelas (aunque también sean históricas) y al historiador al estudio de la historia.

En fin, no debemos aislarnos en el pasado histórico objeto de nuestro estudio, sino que a través de nuestros conocimientos es necesario incidir también en la sociedad actual, contribuir al cambio y al progreso. La desvinculación de la sociedad que la historia ha sufrido es el mayor mal de nuestra disciplina. Y esto es algo que los jóvenes historiadores no podemos permitir, a pesar de que a lo largo de la carrera se ha introducido en nuestra conciencia la afirmación de que debemos dedicarnos al pasado y dejar de lado el presente. Si seguimos en esa postura, la historia como ciencia de conocimiento e interés para el presente no tendría sentido. Antes que nada, los historiadores

38 No obstante, esto no tiene por qué ser necesariamente así. Aunque normalmente los jóvenes historiadores tendemos a ser más renovadores, podemos encontrarnos con historiadores mayores que incorporan constantemente las nuevas ideas a la disciplina, como se hace en “Historia a Debate”, y jóvenes compañeros nuestros que inician sus investigaciones partiendo de los viejos conceptos decimonónicos de la historia.

somos ciudadanos, por lo que también tenemos una personalidad, unas inquietudes, unas ideas, unas perspectivas, etc. Precisamente para esto es necesaria la vinculación interuniversitaria, la creación de comunidades de historiadores, la búsqueda de paradigmas comunes, la vinculación con la sociedad y con el tiempo presente,... porque «individualmente somos una pluma en el viento». La solución a los problemas de nuestra disciplina requiere no sólo mejorar nuestras investigaciones históricas, sino también interesarnos por cuestiones de tipo teórico, metodológico, epistemológico y conceptual. «Me gustaría que entre los historiadores de profesión, los jóvenes sobre todo, se habituaran a reflexionar sobre estas vacilaciones, sobre estos perpetuos “arrepentimientos” de nuestro oficio. Ésa será para ellos mismos la mejor manera de prepararse, por una elección deliberada, a conducir razonablemente sus esfuerzos». Esto escribía Marc Bloch en su *Introducción a la historia* pocos años antes de ser fusilado por los nazis. Y los jóvenes historiadores deberíamos, siguiendo la frase de este medievalista francés, debatir sobre nuestra posición y la de la historia en la sociedad. Pues en la reflexión —único camino hacia la comprensión— está la base de nuestra profesión.

BIBLIOGRAFÍA

ANDRÉS-GALLEGO, José (coord.): *Historia de la historiografía española*. Madrid: Encuentro, 2000.

AGUIRRE ROJAS, Carlos Antonio: “Hacer la historia, saber la historia: entre Marx y Braudel”. *Cuadernos políticos*, N° 48, 1986, pp. 45-72.

BARROS GUIMERÁNS, Carlos: “Hacia un nuevo paradigma historiográfico”, en KAPSOLI ESCUDERO, Wilfredo (comp.): *Historia e historiadores*. Lima: Universidad Ricardo Palma, 2001, pp. 43-62.

— “Manifiesto de Historia a Debate”. *Manuscripts: Revista d’història moderna*, N° 20, 2002, pp. 215-226.

— “Defensa e ilustración del manifiesto historiográfico de Historia a Debate”. *Revista d’història medieval*, N° 12, 2001-2002, pp. 389-434.

BLOCH, Marc: *Introducción a la historia*. México: Fondo de Cultura Económica, 1952.

BURKE, Peter (coord.): *Formas de hacer historia*. Alianza Editorial, 2006.

CABRERA, Miguel Ángel y MCMAHON, Marie (coords.): *La situación de la Historia. Ensayos de historiografía*. La Laguna: Universidad de La Laguna, 2002.

CARR, Edward H.: *¿Qué es la historia?* Barcelona: Seix Barral, 1972.

DOSSE, François: *La historia en migajas: de “Annales” a la “nueva historia”*. Valencia: Edicions Alfons el Magnànim, 1988.

FEBVRE, Lucien: *Combates por la historia*. Barcelona: Ariel, 1971.

FUKUYAMA, Francis: “¿El fin de la historia?”. *Claves de razón práctica*, N° 1, 1990, pp. 85-86.

— *El fin de la historia y el último hombre*. Barcelona: Planeta, 1992.

GARCÍA DE CORTÁZAR, José Ángel: “Glosa de un balance sobre la historiografía medieval española de los últimos treinta años (I)”, en XXV Semana de Estudios Medievales de Estella, *La Historia Medieval en España. Un balance historiográfico (1968-1998)*. Pamplona. Gobierno de Navarra, 1999, pp. 807-824.

GUERREAU, Alain: *El futuro de un pasado. La Edad Media en el siglo XXI*. Barcelona: Crítica, 2002.

HERNÁNDEZ SANDOICA, M^a Elena: “A propósito del retorno del historicismo: consideraciones sobre la historiografía actual”. *Cuadernos de historia contemporánea*, N° Extra 1, 2003, pp. 17-24.

HOBSBAWM, Eric: *Sobre la historia*. Barcelona: Crítica, 1998.

LYOTARD, Jean-François: *La condición posmoderna: informe sobre el saber*. Madrid: Cátedra, 1987.

PERFECTO GARCÍA, Miguel Ángel: “La historia en tiempo de incertidumbres. Una reflexión para el siglo XXI”, en KAPSOLI ESCUDERO, Wilfredo (comp.): *Historia e historiadores*. Lima: Universidad Ricardo Palma, 2001, pp. 13-39.

SÁNCHEZ LEÓN, Pablo e IZQUIERDO MARTÍN, Jesús (coords.): *El fin de los historiadores. Pensar históricamente en el siglo XXI*. Madrid: Siglo XXI, 2008.

SANMARTÍN, Israel: “Nuevas tendencias en la historiografía española”. *Cuadernos de estudios gallegos*, T. 54, N° 120, 2007, pp. 305-325.

VATTIMO, Gianni: *El fin de la modernidad*. Barcelona: Gedisa, 1990.